



LA ANTROPOLOGÍA POSTMODERNA DE *LAUDATO SÍ*

Prof. Dr. David Morales Troncoso¹

Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

Esta nota pretende representar una síntesis de aspectos fundamentales para la comprensión del concepto de humanidad que encontramos en la Encíclica *Laudato Si*. Esta noción de humanismo se construye revisando el diagnóstico de la crisis ecológica actual y de su posible superación, mediante una ecología integral apropiada para la presente postmodernidad que, finalmente, proponemos pensar desde la relación entre San Francisco de Asís y la proporción de cuaternidad como figura clave de su noción de antropología.

INTRODUCCIÓN

La Encíclica *Laudato Si, sobre el cuidado de la casa común*, (en lo sucesivo: *LS*), es un breve tratado sobre ecología integral que parece estar pensado en nuestro idioma y para este siglo XXI. Y aunque fue publicada por el Papa Francisco hace ya un par de años, ha abierto un amplio ciclo de reflexión sobre los nuevos cuestionamientos y transformaciones que surgen desde diversas disciplinas discursivas, y en particular dentro de la filosofía antropológica que reconoce el potencial de verdad que aporta la religión y la teología. Ante todo interesa por el hecho de situar como eje fundamental de *LS*, a la vida actual de la comunidad humana en su totalidad, promoviendo además una mirada humanizante para abrir el diálogo inter-religioso y secular. Se tratará entonces de transmitir el mensaje evangélico de la salvación posible para el actual estado de cosas del mundo donde, tanto a los católicos como a los lectores situados más allá de la fe, se les representa el imperativo indesmentible de asumir responsablemente una toma de conciencia superior y reveladora de que es el tiempo oportuno de atender a la vocación universal de una evolución consciente, como habitantes de una casa común que es la hermana y madre Tierra. Este cuestionamiento de nivel planetario afectará tanto a la salvación personal y comunitaria, como a la dimensión genérica del ser humano, ya que *LS* está compuesta de tal modo que, después de su estudio en profundidad, es natural tornarse conscientes de los acuciantes problemas de

¹ Profesor Adjunto. Instituto de Filosofía. E-mail: dmorales@uc.cl



la humanidad y del medioambiente actual que, como bien sabemos afectan a todos los seres vivos del planeta, en sus condiciones materiales de existencia y de manera particularmente injusta, a los sectores de mayor marginalidad y pobreza del mundo actual como son, por nombrar un fenómeno presente, las grandes corrientes migratorias que atraviesan las culturas contemporáneas.²

En tanto, el texto que firma el Papa Francisco en Roma, para la fiesta de Pentecostés de 2015, ha sido descrito como una carta de carácter marcadamente profético y que además se expresa con un claro lenguaje apocalíptico; tanto por su crudo diagnóstico del estado actual de la degradación ambiental, como por el constante clamor por una mayor justicia entre las relaciones humanas como vía de conversión. Sus visiones y propuestas claramente humanizadoras, están orientadas para la necesaria sanación de la situación de crisis global, ecológica y social, tan fuertemente descrita como que: “La tierra, nuestra casa, parece convertirse cada vez más en un inmenso depósito de porquería” (21); de aquí la necesaria toma de conciencia transformadora, mediante una *metanoia* contemplativa y práctica que, como ejercicio espiritual de autoexamen, servirá para repensar nuestra existencia en común como partes que somos de un todo orgánico. De tal modo, desde las raíces humanas del problema ecológico hasta la dimensión teológica final, se despliega en *LS* una representación interpeladora frente a la decisiva disyuntiva entre la salvación o la ruina, teniendo como escenario dramático, el cuerpo degradado de la madre tierra que nos cobija.

En efecto, a raíz de padecer culturalmente la “rapidación” (18) anónima y globalizante del paradigma tecnocrático, las nuevas generaciones debieran tratar de liberarse de aquel impulso, ciego y libre, que lidera el afán desmedido de la explotación del planeta. De tal modo la dialéctica discursiva del texto transcurre por los límites de una situación altamente peligrosa, que requiere de un urgente cambio de paradigma filosófico para la autocomprensión existencial. De tal suerte, en sus 246 párrafos, que van desde la física a la metafísica, se van tejiendo argumentos tanto científicos como soteriológicos, para orientar las posibles actitudes pro-ecológicas, que oponen resistencia al modelo tecnocrático imperante y que, junto con orientaciones políticas adecuadas, propician un nuevo ideal de humanidad, que busca modificar el estilo de vida dominante en la época actual postmoderna, hacia uno que se haga responsable de una perspectiva holística, ecológica e integral.

De tal modo, las estrategias cotidianas sugeridas, como las de un ascetismo práctico y la necesidad de “desacelerar el ritmo de producción” (191), donan de un nuevo sentido a la paradoja de que *lo menos es más*, “para desarrollar

² Cf. Párrafo N° 25, al final. En lo que sigue se citará sólo el número del párrafo correspondiente al orden del texto de *Laudato Si*.



un estilo de vida alternativo” (207), y con una nueva economía ecológica que esté al servicio “especialmente de la vida humana” (189). Tales prácticas éticas, fundadas en tradicionales valores religiosos cristianos y en actitudes de rechazo a todas las formas de la corrupción social, aspiran a restablecer en el creyente un carácter “coherente con su propia fe” (200), sintonizando además con el respeto a la biodiversidad y con una economía a escala humana, de resistencia al paradigma imperante sostenido por la mano invisible del mercado. Con este predicamento, de un llamado interpelador a la conversión ecológica, el texto del Papa Francisco pretende encauzar a una amplia masa crítica de lectores no creyentes, hacia una experiencia de contemplación y conciencia ampliada del momento presente del ser humano, en donde la buena nueva de la ecología profunda, comprometida con la vida en su múltiple diversidad, sienta las bases de una nueva espiritualidad más universal, para el presente y el futuro de la existencia humana en el planeta.

Así entonces, el texto de *LS* transcurre desde el diagnóstico inicial, estableciendo una hermética adecuada del lenguaje religioso o mítico que, para fines de alentar mejores prácticas y proponer una salida transversal a los problemas contingentes, propone instancias concretas, tanto dialógicas de base como para las políticas globales, tratando así de convocar a todos los habitantes en la tarea común de salvar el planeta, es decir, a todos los actores del drama de la creación. De tal manera, los seres humanos son situados como los verdaderos agentes morales por excelencia, desde los orígenes míticos hasta la vida actual, buscando así normalizar en justicia la vida en comunidad. Esto se alcanzará poniendo atención en una novedosa interpretación del sentido del trabajo, quehacer natural del hombre en relación con la Naturaleza, e instalando a la providencia divina como norma superior para lo humanamente posible. Por otro lado, los necesarios equilibrios de la justicia social, en las interacciones de comunidades y en la vida de las instituciones, son proyectadas verticalmente desde sus bases para tratar de influir en las instancias superiores de poder, del liderazgo mundial y la economía global, de modo de iluminar con la fuerza de la compasión universal, al ejercicio efectivo de una mejor justicia distributiva.

Será urgente y necesario entonces dar buena cuenta del estado de cosas de la crisis ambiental planetaria, para que asumiendo la *conciencia dolorosa del presente*, se revierta ese conocimiento como energía de poder personal y así derrotar la inercia del escepticismo práctico, es decir, la pereza espiritual que se refugia en el confort individual, que se representa como un lastre cultural propio de la posmodernidad y que, como síntoma epocal, revela el sustrato inconciente en que reposa la actual decadencia irresponsable, cuya mera denuncia señala ya la oportunidad para la nueva conversión ecológica.



LA POSTMODERNIDAD Y LA CRISIS DEL ANTROPOCENTRISMO

Si la época moderna, según un tópico de la filosofía occidental, se pudo caracterizar por un giro hacia la centralidad indiscutida del sujeto científico y del drama humano como el verdadero responsable del devenir del mundo; aquel humanismo ilustrado europeo, también resultó ser de tomar distancia teórica de la metafísica medieval y de sus presupuestos teológicos, que conllevaban una fuerte impronta de argumentos de autoridad. Quisiera señalar entonces que, si la modernidad filosófica devino como androcéntrica por antonomasia, fue porque el sujeto cognoscente era el juez y la parte en la producción del conocimiento científico del mundo.

Por otro lado, la noción derivada de *postmodernidad* se concibe aquí como una tesis de consecuencia de la decadencia del androcentrismo secular; por lo tanto, lo postmoderno se podría entender como una época de la superación, y también del agotamiento, del paradigma moderno antropocéntrico, cuya razón instrumental científica posibilitó el desarrollo exponencial de la técnica que, en épocas de exceso de consumo, hace más evidente la crisis de aquel racionalismo ilustrado que confiaba desmesuradamente en la razón científica, como panacea del progreso humano en la época de la técnica. De otra parte, ha resultado que las más recientes catástrofes naturales o *ecocidios*, han sido provocadas en gran parte por el abuso de aquella razón calculadora y de la técnica desatada sobre los recursos de explotación, lo que demuestra, sin matices, que se ha descuidado y dejado fuera del control político y moral, al avance sostenido del reduccionismo utilitarista, propio del economicismo imperante y que parece campear sin contrapeso en la vida contemporánea. Esta confianza desmedida en la producción sin límites, del capitalismo ciego a los valores humanistas, termina reduciendo los recursos naturales a meros insumos de producción que, junto con la explotación del trabajo humano, no ha hecho más que aumentar la injusticia social y la brecha económica excluyente, forjada en gran parte desde las potencias industriales.

Con este diagnóstico, vigente para los tiempos que vivimos, se tratará en lo sucesivo de persuadir mediante una razón humanizadora, dispuesta como el medio adecuado para ponerse de acuerdo en estándares mínimos éticos. Se trata entonces de levantar las bases de una nueva moral mundial, ecológica e integradora, que debiera ser respetada por todos los seres humanos para poder corregir los excesos nocivos del narcisismo postmoderno. En este escenario, una meditación sostenida sobre *LS* puede ser una suerte de ejercicio espiritual fundamental para desarrollar la autoconciencia personal y colectiva, de modo de ir dimensionando continuamente el lugar que cada ser humano tiene en el cosmos creado.

Entretanto, la noción de Postmodernidad puede ser pensada también como la época de la agonía del paradigma del progreso mediante la ciencia, ya que se ha



derivado en la sobreproducción de tecnologías alineadas con un modelo consumista de bienestar virtual. De otra parte, la teoría de las relaciones ecológicas que se sostiene en *LS*, esta pensada especialmente para esta problemática presente que denominamos postmoderna, ya que su mensaje salvador apunta a desplazar el eje del problema, a saber: la mirada autorreferente del hombre de la época técnica, que se ha pensado a sí mismo como el centro del universo, ya que es esta actitud estrecha la que ha causado la situación actual de degradación del hábitat y de abuso de los pobres del planeta.

De tal manera y sin perder de vista el valor sagrado de la dignidad humana intrínseca, entendemos que en *LS* se trata de repensar filosóficamente un necesario giro excéntrico: desde la modernidad antropocéntrica, hacia una postmodernidad geocéntrica expresada como una multiplicidad de relaciones vivas, que resulta ser una cuestión de índole valórica que urge implementar, tanto por razones de justicia social como de sobrevivencia de la Tierra, con sus hijos más pobres. En consecuencia, se hace necesario un reajuste axial desde el Hombre que domina, hacia una Humanidad que sirve y que cuida a la madre naturaleza en su entramado conjunto, entendida como una red de relaciones vivas en que se juega la sobrevivencia misma del ser humano y las diversas especies de seres vivos. De tal suerte se representan en *LS* sólidas razones para volver a pensar al ser humano como un actor preponderante pero interdependiente, dentro de la compleja red de relaciones que sustenta la vida del mundo, como ya advertían las intuiciones profundas del estoicismo filosófico. Esta antigua y nueva *cosmovisión en red* se ilustra mejor con la figura de: “la naturaleza como un espléndido libro en el cual Dios nos habla” (12); como una alegoría verosímil para enraizar la nueva propuesta vital de la ecología integral.

Así las cosas, es posible afirmar desde aquí que toda filosofía humanista del futuro debe ser necesariamente ecológica, para no fracasar en su intento de orientar la vida buena del planeta que, por lo que avala la ciencia con sus parámetros de medición crítica, sigue a la deriva de su eje vital, debido principalmente a las incesantes luchas por el dominio de los recursos energéticos de mayor valor económico y que es el motor principal de las grandes guerras vivas. Se trata entonces de convencer con argumentos para vencer la desidia propia del relativismo práctico (122); de tal modo el pensamiento desplegado en *LS* sirve como un espacio de reflexión filosófica, que acoge en su seno a todos los que han podido sustraerse al ritmo de *la rapidación* (18) actual, potenciado por las últimas revoluciones industriales.

Estamos viviendo entonces en una era crucial del planeta, denominada en la geología como la Era del Antropoceno: edad ctónica caracterizada por la presencia del género humano como el factor más influyente en el comportamiento del suelo, del agua, del clima y del delicado equilibrio de los elementos inorgánicos que condicionan la biósfera. Por último, pero no menos importante, hay que insistir en



que el horizonte especulativo de esta carta, abierta a “todos los hombres de buena voluntad” (3) se dirige potencialmente a toda la especie humana, como un cuerpo colectivo, unitario, físico y espiritual, que ya se acerca en este siglo a las 8 mil millones de almas y que pueden completar el número crítico necesario para decidir el futuro incierto que se profetiza.

ALGUNOS ASPECTOS FORMALES RELEVANTES DE *LS*

La arquitectura del texto transcurre, con una previa Introducción, a través de tres capítulos de diagnóstico y otros tres capítulos de propuestas para una posible salida del actual estado de cosas, cuestión que se cumple con la tarea de fundamentar una nueva moral ecológica para la humanidad, donde también se muestra el equilibrio precario de las fuerzas de acción individual, que sucumben fácilmente a las tendencias culturales dominantes de nuestra época, cuyas fuerzas de homogeneización global amenazan gravemente a las culturas e identidades locales; especialmente cuando aquella presencia parece ser hegemónica a través de tecnologías informáticas de comunicación.

En tanto y para donar de mayor sentido a las acciones ecológicamente virtuosas y de resistencia al modelo tecno-económico, se propone cultivar un carácter sencillo y liberado de la alineación consumista, al estilo del “pequeño camino” (222) que han seguido consagrados en la fe, pero donde los ideales ascéticos de todos los tiempos vuelven para resituarse en el presente, apostando por un actuar consciente del valor del sacrificio, ahora en sentido ecológico, y que busca la mayor justicia posible para todas las relaciones abiertas de la vida humana. La gran diferencia es que ahora la compasión por la Tierra aparece como un ámbito centralizador de la ética humana, toda vez que ésta se sitúa como el *medio mismo del ambiente*, como símbolo referencial de una vida unitaria y que se haya entramada inclusivamente con la población más vulnerable del planeta.

Desde este horizonte especulativo y de abstracción genérica del Hombre, el pensamiento ecológico integral tiene la potencia de ser una experiencia cognitiva movilizadora, con un poder transfigurador de la moral y de las costumbres, pues su ejercicio de reflexión consciente despierta las sospechas ambientales, tanto en uno mismo como en los demás, cada vez que repasamos estos planteamientos que servirán, finalmente, para reajustar el horizonte de nuestras valoraciones existenciales, iluminando la vida del presente y la de las próximas generaciones.

LA ANTROPOLOGÍA DE *LAUDATO SI*

Si bien es cierto que la pregunta por el concepto del ser humano en *Laudato Si*, podría estar contestada *a priori* desde la antigua tradición de la antropología



cristiana, según la cual el ser humano es la criatura predilecta que corona el último día del relato de la creación, hay que admitir que dada la enorme complejidad del tema ecológico, la mirada postmoderna de *LS* obliga a ponderar una perspectiva de análisis que, como ya hemos insinuado, será en cierto sentido excéntrica a la hegemonía despótica del poder humano sobre la tierra, ya que esta nueva propuesta de humanismo estima necesario generar un nuevo dispositivo de relación, ecológica y múltiple, del ser humano con su entorno, repensando su esencia como siendo parte del entramado de la vida, inscrita en el libro de la creación al modo de una red de relaciones existenciales y cuyo paradigma de perfección será: la vida del santo patrono de la ecología.

En efecto, la potente dimensión simbólica del texto viene firmemente enraizada con la significativa figura del santo de Asís, que representa no sólo el ejemplo de vida a seguir, sino que la clave hermenéutica verosímil para reconstituir un posible estado edénico de relaciones entre el hombre y las cosas. Fungirá entonces como una instancia arquetípica, en donde el paraíso perdido por el primer hombre, a causa del pecado original, se podría recuperar esforzadamente y afinando la sintonía armónica del ser humano con los seres que conforman la totalidad de la Naturaleza. Así las cosas, se pondera en él una suerte de misticismo materialista bien entendido, fundado en el respeto y la compasión por la figura maternal de la Tierra, donde se renueva, esta vez ecológicamente hablando, el sentido moral de las prácticas ascéticas, la pobreza voluntaria y el habitar consciente, como fruto primero de la caridad universal por todas las criaturas tanto orgánicas como inorgánicas. Estos me parecen ser los puntos fundamentales que atraviesan el tono profético del texto, cuya profunda vertebración moral y planetaria nos convoca cotidianamente hacia una auténtica conversión ecológica. En suma, encontramos temas de sumo interés para la reflexión antropológica actual a medida que se van estableciendo en la trama del texto, tales como el carácter creatural del hombre, la filiación común del género humano y sobre todo: “la convicción de que en el mundo todo está conectado” (15; Cf. 9, 42, 88, 91, 92, 138, 140).

En lo que sigue, y para presentar una suerte de síntesis de este verdadero evangelio ecológico, paso a considerar los aspectos simbólicos que considero más relevantes, a partir de las cuatro primeras proporciones numéricas, que servirán como instrumentos fundamentales para la interpelación existencial de la nueva ecología integral.

LA NOCIÓN DE UNIDAD

Para todas las religiones monoteístas el principio fundamental de su comprensión es la creencia en un Dios único como origen del universo; pero es evidente que tales convicciones religiosas no se pueden imponer a toda la



comunidad planetaria. Se trata entonces de apelar como principio de comprensión a una suerte de intuición mítica sobre el origen común, tanto de la humanidad como de toda la creación que la acompaña. Pues antes de avanzar decididamente hacia las orientaciones prácticas de salvación y dentro del predicamento del mensaje ecológico integral: “Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos” (202). La comunidad de origen, la interdependencia y el tiempo común para vivir, son el horizonte posible de una propuesta de identidad unitaria que sea eficaz para un mensaje de conversión ecológica, cuya intuición de fondo apela a: “la fraternidad de todo lo creado” (221; Cf. 11, 72, 76, 77, 87, 89, 96, 97) conforme al diseño del Padre (cf. 68, 75, 98, 246).

LA NOCIÓN DE DUALIDAD

Entretanto ya está con múltiples argumentos demostrado que existe una “raíz humana de la crisis ecológica (102); ya que la causa principal del daño ambiental son las acciones humanas que se han sostenido hasta el tiempo presente, especialmente tras las revoluciones industriales del siglo XX, que han acelerado el ingente proceso de degradación de la vida humana y de los elementos que acompañan al fenómeno biológico. Por otra parte, la única posible solución, o de implementación de acciones remediales para tratar de revertir, o al menos de morigerar esta delicada situación, es mediante una conversión ecológica integral y global del género humano.

Así tenemos que en el ser humano radica a la vez el origen del desastre y también su posible restauración. Por tal razón estamos frente a un *dualismo fundamental* que se expresa en la vida humana actual en términos de un verdadero drama moral, pues nos enfrenta a un dilema extremo de la libertad: escoger entre la nueva ética del cuidado, o avanzar en la destrucción de nuestro *oikós*, que es la Tierra. Desde esta disyuntiva vital cobra una nueva dimensión universal la tradicional categoría de conversión, como un cambio substantivo del rumbo existencial, que largamente encontramos atestiguada en la literatura filosófica y cristiana. La conversión ecológica ahora recobra un nuevo valor con el adjetivo de *integral*, vocable que servirá de pivote cardinal para el mensaje de esta nueva orientación, de inspiración religiosa pero que también hemos calificado de postmoderna, puesto que propone el foco de la trasfiguración ética en la salvación de la dimensión ambital³ de la casa común, donde habita toda la comunidad humana.

³ Cf. A. López Quintás. 2014. *La ética o es trasfiguración o no es nada*, p. 33, n. 14. Madrid: BAC. “Por ser ámbitos – seres abiertos, capaces de dar posibilidades y recibirlas – acrecentamos el carácter ambital de otros seres también abiertos al ofrecerles posibilidades creativas – es decir, los ambitalizamos – y somos ambitalizados por ellos cuando asumimos las posibilidades que nos ofrecen. Al ser ambitales, somos ambitalizadores y ambitalizables”.



De tal manera, la dualidad del bien y del mal habita en el corazón del Hombre, y se representa en *LS* como el principal escenario espiritual del conflicto ecológico, puesto que la misma raza humana debe tratar de resolver a un nivel global el problema de su propia subsistencia y para lo cual sería necesario que hubiera “una autoridad política mundial” (cf. 175). Consideramos aquí que la necesidad moral de una gobernanza mundial no se puede concebir como algo que realmente exista; no obstante, su mera invocación como algo urgente, cumple las funciones teóricas necesarias *en el plano del valor y de las aspiraciones* de la razón práctica pues actualmente la multiplicidad de intereses de las grandes potencias mundiales, hacen imposible un acuerdo vinculante que sea eficaz sobre el cambio climático. Pero esta circunstancia no debe quitarle fuerza al imperativo categórico de la salvación de la humanidad y su medio ambiente, que se proclama como objetivo final en el trasfondo de la conversión ecológica.

En tanto, el medio ambiente definido como bien común por excelencia de la humanidad (23), es también el campo de batalla de la tensión histórica propia del *antropoceno* actual, época que se representa como una realidad tensionada por las fuerzas enfrentadas de un “paradigma tecnocrático dominante” (101) en abierto conflicto con la cosmovisión ecológica de la vida. Así las cosas, quedará en evidencia que el incremento desmesurado del mercado financiero se basa en este paradigma dominante (cf. 53), que considera desde una perspectiva utilitaria a todos los elementos naturales como si fueran meros recursos de producción de capital y fuente de riquezas, dado que al presente: “La economía asume todo desarrollo tecnológico en función del rédito, sin prestar atención a eventuales consecuencias negativas para el ser humano” (109; cf. 206). Frente a esta tenaz depredación se oponen las miradas holísticas de la religión y de las ciencias humanas, que buscan el despertar de las conciencias como condición *sine qua non* de su posibilidad de conservación.

Entretanto, notamos que el término *ambiente* se comprende en nuestro idioma como: “las condiciones o circunstancias físicas, sociales, económicas, de un lugar, una colectividad o una época”;⁴ pues el *medio ambiente* es también el lugar propio del reconocimiento de esta tensión de fuerzas, que se manifiestan tanto a favor como en contra de la conversión ecológica en la existencia humana. Especialmente en las mediaciones culturales y en el encuentro con los otros, ya sea dentro de comunidades o instituciones, se requiere, para la buena salud de los espacios comunes del ambiente del trabajo, por tratarse del espacio natural del encuentro para la apertura posible hacia los otros, que habitan la misma dimensión personal; de tal modo el sentido interpelante de *LS* se puede asumir en la práctica

⁴ cf. Diccionario RAE (Madrid, 1992), p. 125, *ad loc.*



como una disposición al cuidado de todas las relaciones que se entrelazan en un campo *ambital* determinado para *progresar moralmente*, en tanto personas capaces de mantener relaciones saludables de cooperación, para generar así un ambiente propicio para el desarrollo humano.

LA NOCIÓN DE TRINIDAD Y LA TEOLOGÍA DE LAS RELACIONES

“El padre es la fuente última de todo, fundamento amoroso y comunicativo de cuanto existe. El Hijo que lo refleja, y a través del cual todo ha sido creado, se unió a esta tierra cuando se formó en el seno de María. El Espíritu, lazo infinito de amor, está íntimamente presente en el corazón del universo animando y suscitando los nuevos caminos” (*LS*, 238).

Este texto nos sitúa en la centralidad de la teología trinitaria de la fe católica y sirve de párrafo de apertura al tratamiento del misterio de la Trinidad, que se desarrolla en la parte final de la meditación pro-ecológica. El asunto se aclara mejor toda vez que la teología propuesta en *LS* se orienta en sentido escatológico hacia el final, dando cuenta de los fines superiores encomendados por las formas divinas, ya que: “Las Personas divinas son personas subsistentes, y el mundo creado según el modelo divino, *es una trama de relaciones*” (240). De esta manera la *teología de las relaciones* de *LS* muestra aquí un aspecto fundamental; ya que, si el Dios cristiano es uno y múltiple a la vez, al ser uno y trino, conlleva un significativo elemento simbólico como soporte de utilidad para sostener el entendimiento pleno de este núcleo nodal de las relaciones, cuya unidad-múltiple cohesiona la intuición profunda que anima a esta ecología integral.

En tanto, la mirada integradora de esta filosofía de la vida humana, es potencialmente aplicable a la compleja interacción de las relaciones ambientales, culturales y políticas, puesto que se propone como dispositivo eficaz para lidiar con la realidad contingente del ambiente humano. Por tal razón el símbolo plural de la Trinidad, prototipo de la unidad en la multiplicidad, está en plena sintonía con la categoría de relación que, en su versión virtuosa, armoniza un justo equilibrio entre las partes. Este misterio revelado por la tradición católica, de la forma metafísica de Dios uno y trino, expresa íntegramente como debiera ser *una relación* viva tripartita, e invita a contemplar como las personas divinas, diversas entre sí, se representan unidas por el mismo Espíritu, sosteniendo así una manifestación enérgica del amor.

De tal modo, se relevan aquí con especial énfasis las bases de una teoría general de las relaciones auténticas, que parece provenir de una tradición de teología aplicada a la existencia humana y perfectamente adaptable a la problemática actual, toda vez que se podría ejercitar en la práctica social solidaria, que se sostiene en



“la convicción actual: de que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás” (70).

De aquí en más, con las diversas formas que se disponen en los símbolos sacramentales, se invita a actuar en vistas a la norma superior del amor desinteresado, que surge proyectado hacia la humanidad entera en el horizonte hermenéutico del cuidado de la casa propia. De tal modo, el mandato bíblico del amor tiene una especial urgencia soteriológica, dadas las condiciones imperantes de la degradación planetaria; pues ya no queda mucho tiempo para atender a mayores dilaciones y para la puesta en marcha de las virtudes ecológicas, sobre todo por la indesmentible necesidad del diálogo abierto hacia los semejantes, en cuyo ejercicio efectivo se manifiestan las infinitas posibilidades de la fraternidad entre todos los que somos parte de la humanidad. Esta disposición salvadora del diálogo multilateral, se hace patente sobre todo en los capítulos finales de *LS*, al exponerse un llamado concreto y pormenorizado dirigido a todos los estamentos de la sociedad civil, de modo de construir una red recíproca de relaciones más justas y en fraternidad. Pues desde lo pequeño a lo grande, es imperativo poner por delante la práctica del diálogo entre todas las dimensiones políticas de sociedades e instituciones, que es donde el ejercicio del reconocimiento del otro se hace manifiesto de modo privilegiado, en virtud del amor racional a la humanidad y donde la caridad al prójimo se presenta ahora claramente mediatizada por el cuidado al planeta en que vivimos (cf. 66).

LA NOCIÓN DE CUATERNIDAD: SÍMBOLO FRANCISCANO DEL HABITAR AUTÉNTICO

Estrictamente hablando, no se alude de forma explícita a la figura de la cuaternidad dentro de los números sagrados que caracterizan a la tradición bíblica en *LS*, sin embargo y a propósito de un símbolo central del mensaje ecológico integral, encontramos la proporción tetrádica a propósito del modelo que resulta ser fundante de la vida perfecta en humanidad como una existencia que aplica íntegramente la “ética ecológica del cuidado” (210). Se trata del ejemplo señero del Santo de Asís que se representa en el horizonte existencial y místico de *LS*.

Conviene recordar en esta instancia que el compromiso espiritual del Papa Francisco, con los pobres y la vida connatural al planeta se orienta, desde el inicio mismo de su pontificado, hacia un modelo de santidad personificada en San Francisco de Asís, cuestión que se reitera con particular intensidad en *LS* y que ilumina de principio a fin este mensaje escrito desde la Iglesia Católica para el mundo actual. En efecto, San Francisco de Asís no sólo representa el esfuerzo del ser humano por elevarse hasta los altares de la gracia, sino que también la posibilidad misma de recuperar de cierto modo un estado edénico del alma humana



que, con disciplina y austeridad, podría recuperar aquel gozo místico del paraíso perdido. Considerando que la pérdida del paraíso fue debida a la *hybris* original, que trajo consigo la expulsión del jardín del Edén y la experiencia de la muerte. Es en este punto donde la correcta hermenéutica del lenguaje mítico del *Génesis*, sirve de clave fundamental para la comprensión profunda del asunto antropológico, pues si bien la primera pareja humana perdió su condición original del estado de armonía con la naturaleza, aquel tiempo sagrado o edad dorada de la humanidad, se podría recuperar al menos en parte en este nuestro tiempo profano, siguiendo el camino del ascetismo y del amor universal que predicaba el santo medieval, modelo prototipo de una existencia ecológica integral de nivel superior.

En efecto, el estado de gracia que procuraba San Francisco de Asís, en equilibrio amoroso con su entorno, consigo mismo, con los hombres y con Dios, es postulado en *LS* como el ejemplo límite de la vida plenamente ecológica, ya que mediante la puesta en valor del ascetismo voluntario y el ejercicio universal de la caridad, se recicla un potente precedente religioso, histórico y simbólico, de una auténtica disciplina espiritual de inspiración cristiana y que, a lo largo de la compleja trama de *LS*, se expone mediante razonamientos convincentes y belleza poética que buscan con energía redescubrir el sentido del habitar en el mundo actual.

En tanto, la figura de una cuaternidad de relaciones surgirá asociada al modo propio del habitar ecológico del santo italiano: “En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior” (10). Cuatro direcciones que el ascetismo franciscano comprendió en su raíz a partir de “una renuncia a convertir la realidad en mero objeto de uso y de dominio” (11). Por otro lado, es obvio que Jesucristo es el modelo principal de la vida cristiana por ser “una Persona de la Trinidad que se insertó en el cosmos creado” (99), pero es con la experiencia humilde de San Francisco de Asís que se recrea en *LS* aquél posible modelo del hombre nuevo, que se asemeja al arquetipo adánico cuando es considerado como referente de un estado puro y *original*. Puesto que el hombre auténtico viviendo en el mundo de lo contingente, puede legítimamente aspirar a recrear, en su condición de mortal, el estado paradisiaco perdido en el drama mítico del *Génesis*. De tal forma este estado de contemplación piadosa hacia la Creación, se expresa en *LS* como una cuádruple relación que busca: “recuperar los distintos niveles del equilibrio ecológico: el interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos y el espiritual con Dios” (210).

Pensar desde el santo de Asís aparece entonces como un pensamiento sacramental por antonomasia, dado que encarna la propuesta del buen vivir según la ecología integral cristiana, considerando que: “Era un místico y un peregrino que vivía con simplicidad y en una maravillosa armonía con Dios, con los otros,



con la naturaleza y consigo mismo” (10). Cumple así funciones paradigmáticas precisas, con el despliegue anímico de estos cuatro puntos cardinales, que orientan el ejercicio vital de la ecología integral como cruz sacramental que también sirve para ilustrar lo que hemos denominado *cuaternidad* de las direcciones para la vida integrada y en sintonía con la belleza profética de San Francisco, pues: “En él se advierte hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior” (10). Estas son disposiciones propias de una renovada santidad ecológica, que se debieran aplicar desde la relación principal que el hombre sostiene con la naturaleza, pues: “*El trabajo* debería ser el ámbito de este múltiple desarrollo personal, donde se ponen en juego múltiples dimensiones de la vida” (127).

Finalmente, y a pocos meses de la venida del Papa Francisco a nuestro país, parece ser un tiempo oportuno para insistir en la experiencia de comprensión antropológica y existencial desde *LS*, cuyo pensamiento en relación a la condición humana y a la complejidad de sus relaciones, objeto propio de la ecología integral, nos muestra un diagnóstico dramático pero también el germen de una esperanza abierta a la salvación de la humanidad, mediante la sintonía y la puesta en marcha de una necesaria “conversión ecológica global” (5).

Por último, debo reconocer que quedan temas pendientes de desarrollar en este modesto análisis, pero mi intención ha sido plantear un par de elementos de juicio para determinar mejor los aspectos antropológicos decisivos de esta Encíclica, que se inscribe dentro de la tradición de la doctrina social de la Iglesia, pero que reflexiona profundamente sobre el lugar del ser humano en el concierto universal del cosmos creado por Dios: “Pues si pudo crear el Universo de la nada, puede también intervenir en este mundo y vencer cualquier forma del mal. Entonces la injusticia no es invencible” (74).

Suplemento

No. 45

Nueva Serie
Julio - Diciembre
2017

Praxis Filosófica

El diseno axiológico entre realistas y anti realistas científicos

Armando Cintora

Derrota y defensa en argumentación rebatible

Claudio A. Alessio

Probabilistic causality and idealization

José Luis Rolleri

Is endurantism really more plausible than perdurantism
from a common-sense perspective?

Flavia Felletti

A proposal for a syntactic solution of the problems
of disjunction in human thought

Miguel López-Astorga

Conceptualismo empírico categorial

Nicolás Alejandro Serrano

Critical digitality: from the virtual to the digital

Jorge Francisco Maldonado Serrano

Dairon Alfonso Rodríguez Ramírez

Teoría de la razón en Searle

Angélica María Rodríguez Ortiz

El estructuralismo filosófico y los fundamentos de las matemáticas

Luz Victoria de la Pava

Edgar Fernando Gálvez

Algunas disquisiciones filosóficas
en torno al problema de la existencia del infinito en matemáticas

Luis Cornelio Recalde

Andrés Chaves Beltrán

Departamento de Filosofía | ISSN 0120-4688 | ISSN digital 2389-9387

